La primera epístola de Clemente a los Corintios

CAPÍTULO 1

1 La iglesia de Dios que está en Roma, a la iglesia de Dios que está en Corinto, elegidos, santificados por la voluntad de Dios, por medio de Jesucristo, Señor nuestro: Gracia y paz os sean multiplicadas, de Dios Todopoderoso, en Cristo Jesús.
2 Hermanos, tememos que los peligros y calamidades repentinos e inesperados que han caído sobre nosotros nos han hecho más lentos en la consideración de aquellas cosas que nos han preguntado:
3 Así como también de aquella perversa y detestable sedición, tan impropia de los elegidos de Dios, que unos pocos hombres impetuosos y obstinados han fomentado hasta tal grado de locura, que vuestro venerable y renombrado nombre, tan digno de ser amado por todos los hombres, es grandemente blasfemado por ella.
4 Porque ¿quién entre vosotros no ha experimentado la firmeza de vuestra fe y su fecundidad en todas las buenas obras, y no ha admirado el temperamento y la moderación de vuestra religión en Cristo, y no ha publicado la magnificencia de vuestra hospitalidad, y no os ha considerado felices en vuestro conocimiento perfecto y cierto del Evangelio?
5 Porque todo lo hacíais sin acepción de personas, y anduvisteis conforme a las leyes de Dios, sujetándoos a vuestros gobernantes, y dando el honor que correspondía a los ancianos entre vosotros.
6 Mandasteis a los jóvenes que pensaran cosas modestas y graves.
7 A las mujeres, exhortásteis a hacer todas las cosas con una conciencia irreprensible, decorosa y limpia, amando a sus maridos como conviene, y guardándose dentro de los límites de la debida obediencia, ordenaran sus casas gravemente y con toda discreción.
8 Todos vosotros erais de ánimo humilde, no jactándoos de nada, deseando más bien ser sujetos que gobernar, dar que recibir, contentos con la porción que Dios os había repartido.
9 Y obedeciendo diligentemente su palabra, fuisteis ensanchados en vuestras entrañas, teniendo siempre delante de vuestros ojos su padecimiento.
10 Así os fue dada una paz firme, bendita y provechosa, un deseo insaciable de hacer el bien y una abundante efusión del Espíritu Santo sobre todos vosotros.
11 Y estando llenos de buenos designios, con gran disposición de ánimo y con religiosa confianza extendisteis vuestras manos a Dios Todopoderoso, rogándole que fuese misericordioso con vosotros, si en algo habíais pecado contra él involuntariamente.
12 Vosotros contendíais día y noche por toda la hermandad, para que con misericordia y con buena conciencia, el número de sus escogidos fuese salvo.
13 Vosotros erais sinceros y sin ofensa unos hacia otros; no os preocupabais por las injurias; toda sedición y cisma era para vosotros una abominación.
14 Cada cual lamentaba los pecados de su prójimo, estimando como propios sus defectos.
15 Se mostraron bondadosos unos con otros sin rencor, dispuestos a toda buena obra. Y, adornados con una conducta virtuosa y religiosa, hicieron todo en el temor de Dios, cuyos mandamientos estaban escritos en las tablas de su corazón.

CAPÍTULO 2

1 Toda honra y engrandecimiento os fue dado; y así se cumplió lo que está escrito: Mi amado comió y bebió, engordó y engordó, y dio coces.
2 De ahí vinieron la emulación, la envidia, la contienda y la sedición, la persecución y el desorden, la guerra y el cautiverio.
3 Así que los que no tenían renombre se alzaron contra los honorables; los que no tenían reputación contra los respetables; los necios contra los sabios, los jóvenes contra los ancianos.
4 Por esta causa, la justicia y la paz se han apartado de vosotros, por cuanto cada uno ha abandonado el temor de Dios, y se ha cegado en la fe, y no anda según la regla de los mandamientos de Dios, ni vive como conviene en Cristo.
5 Pero cada uno sigue sus propios malos deseos, teniendo una envidia injusta y perversa, por la cual entró primero la muerte en el mundo.

CAPÍTULO 3

1 Porque así está escrito: «Y con el tiempo, Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda al Señor. Y Abel también trajo de las primicias de su rebaño y de su grosura».
2 Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda. Pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda. Y Caín se entristeció mucho y decayó su semblante.
3 Y el Señor le dijo a Caín: «¿Por qué estás triste? ¿Y por qué se te ha decaído el semblante? Si ofreces lo justo, pero no repartes lo justo, ¿no has pecado? Calla; a ti será su deseo, y tú lo gobernarás».
4 Y Caín dijo a su hermano Abel: «Bajemos al campo». Y aconteció que, estando en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató.
5 Ya ven, hermanos, cómo la envidia y la emulación causaron la muerte de un hermano. Por esto, nuestro padre Jacob huyó de su hermano Esaú.
6 Esto fue lo que provocó que José fuera perseguido hasta la muerte y cayera en la esclavitud. La envidia obligó a Moisés a huir del faraón, rey de Egipto, cuando oyó a sus propios compatriotas preguntarle: «¿Quién te ha nombrado juez y gobernante sobre nosotros? ¿Me matarás como hiciste ayer con el egipcio?».
7 Por envidia, Aarón y María fueron excluidos del campamento, separados del resto de la congregación, por siete días.
8 La emulación envió a Datán y a Abiram rápidamente al sepulcro, porque se rebelaron contra Moisés, siervo de Dios.

9 Por esto David no sólo fue aborrecido por los extranjeros, sino que también fue perseguido por Saúl, rey de Israel.
10 Pero para no insistir en ejemplos antiguos, vayamos a aquellos dignos que han estado más cerca de nosotros, y tomemos los valientes ejemplos de nuestra propia época.
11 Por celo y envidia, los pilares más fieles y justos de la iglesia han sido perseguidos hasta las muertes más atroces.
12 Pongamos ante nuestros ojos a los santos Apóstoles; Pedro, por envidia injusta, sufrió no uno ni dos, sino muchos sufrimientos, hasta que al fin, martirizado, pasó al lugar de gloria que le correspondía.
13 Por la misma razón, Pablo recibió la recompensa de su paciencia. Siete veces estuvo encadenado; fue azotado, apedreado; predicó tanto en Oriente como en Occidente, dejando tras de sí el glorioso testimonio de su fe.
14 Y así, habiendo enseñado la justicia a todo el mundo, y con ese fin habiendo viajado hasta los confines más remotos de Occidente, al final sufrió el martirio por orden de los gobernadores,
15 Y salió del mundo y fue a su lugar santo, habiendo llegado a ser un eminente ejemplo de paciencia para todos los siglos.
16 A estos santos Apóstoles se unieron un gran número de otros, quienes habiendo sufrido por envidia de igual manera muchos dolores y tormentos, nos dejaron un glorioso ejemplo.
17 Por esto no sólo hombres, sino también mujeres han sido perseguidos, y habiendo padecido castigos muy graves y crueles, han acabado la carrera de su fe con firmeza, y aunque débiles en el cuerpo, han recibido una gloriosa recompensa.
18 Esto ha alejado las mentes incluso de las mujeres de sus maridos, y ha cambiado lo que una vez dijo nuestro padre Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne.
19 En una palabra, la envidia y la contienda han trastornado ciudades enteras y han arrancado grandes naciones de la tierra.

CAPÍTULO 4

1 Estas cosas, amados, os escribimos, no sólo para vuestra instrucción, sino también para nuestra propia memoria.
2 Porque todos estamos en la misma lista, y a todos nos está preparado el mismo combate.
3 Por tanto, dejemos de lado todas las preocupaciones vanas y vacías, y acerquémonos a la gloriosa y venerable regla de nuestra santa vocación.
4 Consideremos lo que es bueno, aceptable y agradable delante de aquel que nos creó.
5 Pongamos los ojos en la sangre de Cristo, y veamos cuán preciosa es su sangre a los ojos de Dios, la cual siendo derramada por nuestra salvación, obtuvo la gracia del arrepentimiento para todo el mundo.
6 Examinemos todas las épocas que nos han precedido y aprendamos que en cada una de ellas nuestro Señor todavía ha dado lugar al arrepentimiento para todos aquellos que se vuelvan a Él.
7 Noé predicó el arrepentimiento; y todos los que le escucharon fueron salvos. Jonás denunció la destrucción de los ninivitas:
8 Pero ellos, arrepintiéndose de sus pecados, apaciguaron a Dios con sus oraciones, y fueron salvos, aunque eran ajenos al pacto de Dios.
9 De ahí que todos los ministros de la gracia de Dios hayan hablado de arrepentimiento por el Espíritu Santo. E incluso el Señor de todo lo ha declarado con juramento al respecto;
10 Vivo yo, dice el Señor, que no deseo la muerte del pecador, sino que se arrepienta. Y añadió esta buena frase: «Apartaos de vuestra iniquidad, oh casa de Israel».
11 Di a los hijos de mi pueblo: Aunque vuestros pecados lleguen desde la tierra hasta el cielo, y aunque sean más rojos que la grana y más negros que el cilicio, si os volviereis a mí de todo vuestro corazón, y me llamareis Padre, yo os escucharé como a un pueblo santo.
12 Y en otro lugar dice así: Lavaos, limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.
13 Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.
14 Si queréis y oís, comeréis el bien de la tierra; mas si no queréis y sois rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho.
15 Estas cosas Dios las estableció según su voluntad Todopoderosa, queriendo que todos sus amados procedan al arrepentimiento.

CAPÍTULO 5

1 Por tanto, obedezcamos su excelente y gloriosa voluntad; e implorando su misericordia y bondad, postrémonos sobre nuestros rostros ante él y entreguémonos a su misericordia, dejando a un lado toda vanidad, contención y envidia que conducen a la muerte.
2 Admiremos a quienes han ministrado con mayor perfección a su excelente gloria. Tomemos como ejemplo a Enoc, quien, hallado justo en su obediencia, fue trasladado, y su muerte no se conoció.
3 Noé, habiendo demostrado su fidelidad, predicó por su ministerio la regeneración al mundo, y por medio de él el Señor salvó a todos los seres vivientes que entraron unánimes en el arca.
4 Abraham, llamado amigo de Dios, también fue hallado fiel, pues obedeció los mandamientos de Dios.
5 Por la obediencia salió de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre, para que dejando una tierra pequeña, unos parientes débiles y una casa pequeña, heredara las promesas de Dios.
6 Porque así le dijo Dios: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré.
7 Haré de ti una gran nación, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra.
8 Y cuando se apartó de Lot, le dijo Dios: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, al oriente y al occidente; toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre.

9 Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada.
10 Y volvió a decir: Y Dios engendró a Abraham, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar; así será tu descendencia.
11 Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.
12 Por la fe y la hospitalidad, le fue dado un hijo en su vejez, y por su obediencia lo ofreció en sacrificio a Dios sobre uno de los montes que Dios le mostró.

CAPÍTULO 6

1 Por su hospitalidad y piedad Lot fue salvado de Sodoma, cuando toda la región alrededor era destruida por fuego y azufre;
2 Con esto el Señor demuestra que no abandonará a los que confían en él, sino que traerá a los desobedientes al castigo y a la corrección.
3 Porque su mujer, que salió con él, siendo de otro sentir y no perseverando en la misma obediencia, por eso fue puesta por ejemplo, siendo convertida en columna de sal hasta el día de hoy.
4 Para que todos los hombres sepan que aquellos que son de doble ánimo y desconfían del poder de Dios, están preparados para la condenación y para ser una señal para todos los siglos venideros.
5 Por la fe y la hospitalidad se salvó Rahab, la ramera. Porque cuando Josué, hijo de Nun, envió espías a reconocer Jericó, y el rey de Jericó supo que venían a espiar su país, envió hombres para capturarlos y ejecutarlos.
6 Rahab, pues, les fue hospitalaria, y los escondió debajo de espigas de lino, en el terrado de su casa.
7 Y cuando los mensajeros enviados por el rey vinieron a ella, y le preguntaron, diciendo: Han venido a ti hombres para reconocer la tierra; sácalos, porque así lo ha mandado el rey. Ella respondió: Los dos hombres que buscáis vinieron a mí, y luego se fueron, sin decírselos.
8 Entonces dijo a los espías: «Sé que el Señor vuestro Dios ha entregado esta ciudad en vuestras manos, pues el temor a vosotros ha caído sobre todos sus habitantes. Por tanto, cuando la hayáis tomado, me salvaréis a mí y a la casa de mi padre».
9 Y le respondieron: «Será como nos has dicho. Por tanto, cuando sepas que estamos cerca, reunirás a toda tu familia en la azotea, y se salvarán; pero todo lo que se encuentre fuera de tu casa será destruido».
10 Y además le dieron una señal: que colgara de su casa una cuerda escarlata, dando a entender con ella que, por la sangre de nuestro Señor, habría redención para todos los que creen y esperan en Dios. Vean, amados, cómo no solo había fe, sino también profecía en esta mujer.

CAPÍTULO 7

1 Así que, hermanos, humillémonos, desechando toda soberbia y jactancia, insensatez e ira, y hagamos como está escrito.
2 Porque así dice el Espíritu Santo: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su valentía, ni el rico en sus riquezas; sino el que se gloría, gloríese en el Señor, buscándole y haciendo juicio y justicia.
3 Sobre todo, acordaos de las palabras del Señor Jesús, que habló tocante a la equidad y a la longanimidad, cuando dijo:
4 Sed misericordiosos, y alcanzaréis misericordia; perdonad, y seréis perdonados. Como hacéis, así se os hará; como deis, así se os dará; como juzgáis, así seréis juzgados; como sois bondadosos, así será Dios bondadoso con vosotros. Con la medida con que medís, con la misma medida se os medirá.
5 Por este mandamiento y por estas reglas, establezcámonos, para que siempre andemos obedientes a sus santas palabras, siendo humildes de mente:
6 Porque así dice la Sagrada Escritura: ¿A quién miraré? Si a un pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.
7 Es, pues, justo y recto, hombres y hermanos, que nos volvamos obedientes a Dios, en lugar de seguir a aquellos que por orgullo y sedición se han convertido en los cabecillas de una emulación detestable.
8 Porque no es un daño común el que nos haremos, sino más bien un peligro muy grande el que correremos si nos entregamos precipitadamente a las voluntades de los hombres que promueven conflictos y sediciones para desviarnos de lo que es apropiado.
9 Antes bien, seamos benignos unos con otros, conforme a la compasión y la dulzura de aquel que nos creó.
10 Porque escrito está: Los misericordiosos heredarán la tierra, y los que no tengan maldad serán dejados en ella; mas los transgresores perecerán de sobre la faz de ella.
11 Y de nuevo dice: «He visto al malvado con gran poder, extendiéndose como el cedro del Líbano. Pasé de largo, y ¡he aquí!, no estaba; busqué su lugar, pero no lo encontré».
12 Mantente en la inocencia y practica el derecho, Porque para el hombre pacífico habrá un remanente.
13 Por tanto, aferrémonos a los que practican la paz, y no a los que sólo fingen desearla.
14 Porque dice en un lugar: Este pueblo de labios me honra, Mas su corazón está lejos de mí.
15 Y otra vez: Bendicen con la boca, pero maldicen en su corazón.
16 Y de nuevo dice: «Lo amaron con la boca, y con la lengua le mintieron. Porque no tenían un corazón recto con él, ni eran fieles a su pacto».
17 Que todos los labios engañosos se enmudezcan, y la lengua que habla cosas arrogantes. Quienes han dicho: «Con nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios son nuestros, ¿quién es nuestro Señor?».
18 Por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos, ahora me levantaré, dice Jehová; lo pondré en seguridad, y obraré con él confiadamente.

CAPÍTULO 8

1 Porque Cristo es de quienes son humildes, no de quienes se exaltan sobre su rebaño. El cetro de la majestad de Dios, nuestro Señor Jesucristo, no llegó con alarde de orgullo y arrogancia, aunque pudo haberlo hecho; sino con humildad, como el Espíritu Santo había hablado antes acerca de él.
2 Porque así dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Crecerá ante él como una planta tierna, como una raíz de tierra seca».

3 No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.
4 Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto.
5 Y como que escondimos de él el rostro; fue menospreciado, y no lo estimamos.
6 Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.
7 Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.
8 Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
9 Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; Como cordero fue llevado al matadero; Y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.
10 Fue quitado de la cárcel y del juicio; ¿y quién contará su generación? Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes, por las transgresiones de mi pueblo fue herido.
11 Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; porque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.
12 Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento; y si hubiere puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
13 Él verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.
14 Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los transgresores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.
15 Y él mismo dice de nuevo: «Soy un gusano y no un hombre, un oprobio de los hombres y despreciado por el pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí; estiran los labios, menean la cabeza, diciendo: «Confió en que el Señor lo libraría, que lo libre, pues se complacía en él».
16 Ya ven, amados, cuál es el modelo que se nos ha dado. Porque si el Señor se humilló así, ¿qué debemos hacer nosotros, que estamos sometidos por él al yugo de su gracia?
17 Seamos imitadores de aquellos que anduvieron por ahí vestidos de pieles de cabras y de ovejas, predicando la venida de Cristo.
18 Tales fueron los profetas Elías, Eliseo y Ezequiel. Y añadamos a estos otros que han recibido el mismo testimonio.
19 Abraham ha recibido gran testimonio, al ser llamado amigo de Dios. Y, sin embargo, contemplando con firmeza la gloria de Dios, dice con toda humildad: «Soy polvo y ceniza».
20 De Job también se escribe así: «Que era justo e intachable, veraz; uno que servía a Dios y se abstenía de todo mal». Sin embargo, él, acusándose a sí mismo, dice: «Nadie está libre de contaminación, ni siquiera aunque viviera un solo día».
21 Moisés fue llamado fiel en toda la casa de Dios; y por su conducta el Señor castigó a Israel con azotes y plagas.
22 Y aun este hombre, aunque tan honrado, no hablaba con gran orgullo; pero cuando la palabra de Dios le fue dada desde la zarza, dijo: «¿Quién soy yo para que me envíes? Soy de voz fina y torpe de lengua».
23 Y vuelve a decir: Yo soy como el humo de la olla.
24 ¿Y qué diremos de David, de quien tanto se habla en las Sagradas Escrituras? A quien Dios le dijo: «He hallado un hombre conforme a mi corazón, David, hijo de Jesé, a quien he ungido con mi aceite santo».
25 Pero él dijo a Dios: Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades, borra mis rebeliones.
26 Lávame por completo de mi iniquidad y límpiame de mi pecado, porque reconozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí.
27 Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas justo en tu palabra, y tengas justicia en tu juicio.
28 He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.
29 He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
30 Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve.
31 Hazme oír gozo y alegría, Y se alegrarán los huesos que quebrantaste.
32 Esconde tu rostro de mis pecados, Y borra todas mis iniquidades.
33 Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
34 No me eches de delante de tu presencia, Y no quites de mí tu santo Espíritu.
35 Vuélveme el gozo de tu salvación, Y espíritu puro me sustente.
36 Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti.
37 Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; Cantará mi lengua tu justicia.
38 Oh Jehová, abre mis labios, Y publicará mi boca tu alabanza.
39 Porque no quieres sacrificio, porque yo lo daría; no te agradan los holocaustos.
40 Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

CAPÍTULO 9

1 Así, la humildad y el temor piadoso de estos grandes y excelentes hombres, registrados en las Escrituras, mediante la obediencia, han hecho mejores no sólo a nosotros, sino también a las generaciones anteriores a nosotros, es decir, a todos los que han recibido sus santos oráculos con temor y verdad.
2 Así que, teniendo tantos y tan grandes y gloriosos ejemplos, volvamos a aquella paz que fue la señal que desde el principio fue puesta delante de nosotros;
3 Miremos al Padre y Creador del mundo entero, y aferrémonos a sus gloriosos y extraordinarios dones y beneficios de paz.
4 Consideremos y contemplemos con los ojos de nuestro entendimiento su voluntad paciente, y pensemos cuán gentil y paciente es él para con toda su creación.

5 Los cielos, moviéndose por su designio, se sujetan a él en paz.
6 Día y noche cumplen el trabajo que él les ha asignado, sin perturbarse el uno al otro.
7 El sol y la luna, y todas las diversas compañías y constelaciones de las estrellas, recorren los cursos que él les ha señalado en concordia, sin apartarse en lo más mínimo de ellos.
8 La tierra fructífera da su alimento en abundancia a su debido tiempo, tanto al hombre como a la bestia y a todos los animales que están sobre ella, conforme a su voluntad; no disputando ni alterando nada de lo que él ordenó.
9 Así también los insondables e inescrutables torrentes del abismo, son contenidos por su mandato;
10 Y la confluencia del vasto mar, al ser reunida por su orden en sus diversas colecciones, no pasa los límites que él le ha fijado;
11 Pero tal como él lo dispuso, así permanece. Porque dijo: «Hasta aquí llegarás, y tus ríos se romperán dentro de ti».
12 El océano, intransitable para la humanidad, y los mundos que están más allá de él, están gobernados por los mismos mandatos de su gran amo.
13 La primavera y el verano, el otoño y el invierno, se suceden pacíficamente.
14 Los diversos sectores de los vientos cumplen su obra en sus estaciones, sin ofenderse unos a otros.
15 Las fuentes siempre fluyentes, hechas tanto para el placer como para la salud, nunca dejan de extender sus senos para sostener la vida de los hombres.
16 Incluso las criaturas más pequeñas viven juntas en paz y concordia entre sí.
17 Todo esto lo ha ordenado el Gran Creador y Señor de todo: observar la paz y la concordia, siendo bueno con todos.
18 Pero especialmente a nosotros que acudimos a su misericordia por nuestro Señor Jesucristo; a quien sea la gloria y la majestad por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO 10

1 Mirad, amados, que sus muchos beneficios no nos vengan a la condenación, a menos que andemos como es digno de él, haciendo unánimes lo que es bueno y agradable delante de él.
2 El Espíritu del Señor es como una lámpara que escudriña lo más profundo del ser.
3 Consideremos, pues, cuán cerca está él de nosotros, y cómo ninguno de nuestros pensamientos ni de nuestros razonamientos que formamos en nuestro interior le son ocultos.
4 Es, pues, justo que no abandonemos nuestro rango haciendo algo contrario a su voluntad.
5 Escojamos ofender a unos pocos hombres necios e inconsiderados, enaltecidos y gloriosos en su propio orgullo, antes que a Dios.
6 Reverenciamos a nuestro Señor Jesucristo, cuya sangre fue entregada por nosotros.
7 Honremos a nuestros superiores, respetemos a los ancianos que están entre nosotros, e instruyamos a los jóvenes en la disciplina y en el temor del Señor.
8 Nuestras mujeres nos permiten dirigirnos para hacer lo que es bueno.
9 Que muestren un hermoso hábito de pureza en toda su conversación, con un sincero afecto de mansedumbre.
10 Que el gobierno de sus lenguas se manifieste por su silencio.
11 Que su caridad sea sin acepción de personas e igualmente para con todos los que temen religiosamente a Dios.
12 Que vuestros hijos sean criados en la instrucción de Cristo,
13 Y sobre todo que aprendan cuán grande es el poder que tiene la humildad ante Dios; cuánto vale ante él una caridad pura y santa; cuán excelente y grande es su temor; y cómo salvará a todos los que se vuelvan a él con santidad y una mente pura.
14 Porque él escudriña los pensamientos y los designios del corazón; su aliento está en nosotros, y cuando quiere, puede quitárnoslo.

CAPÍTULO 11

1 Pero todo esto debe ser confirmado por la fe que es en Cristo, porque así nos lo anuncia él mismo por el Espíritu Santo.
2 Venid, hijos, y escuchadme, y os enseñaré el temor del Señor. ¿Quién desea la vida y anhela ver días buenos?
3 Guarda tu lengua del mal, y tus labios, que no hablen engaño.
4 Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela.
5 Los ojos del Señor están sobre los justos, Y atentos sus oídos a sus oraciones.
6 Pero el rostro de Jehová está contra aquellos que hacen mal, para cortar de la tierra su memoria.
7 Clamó el justo, y le oyó Jehová, Y lo libró de todas sus angustias.
8 Muchas son las angustias de los impíos; Pero a los que esperan en Jehová, los rodeará misericordia.
9 Nuestro Padre misericordioso y benéfico tiene entrañas de compasión hacia aquellos que le temen, y bondadosa y amorosamente concede sus gracias a todos los que acuden a él con una mente sencilla.
10 Por tanto, no vacilemos ni dudemos en nuestros corazones de sus excelentes y gloriosos dones.
11 Lejos de nosotros lo que está escrito: Miserables los de doble ánimo, y los que están llenos de dudas en su corazón.
12 Hemos oído a quienes dicen estas cosas, y nuestros padres nos las han contado. Pero he aquí, hemos envejecido, y nada de esto nos ha sucedido.
¡Oh, necios! Consideren los árboles: tomen como ejemplo la vid. Primero pierde sus hojas; luego brota; después extiende sus hojas; luego florece; luego vienen las uvas agrias; y después de ellas sigue el fruto maduro. Vean cómo en poco tiempo el fruto del árbol alcanza la madurez.
14 A la verdad, dentro de poco tiempo su voluntad se cumplirá repentinamente.
15 La misma Sagrada Escritura da testimonio de que vendrá pronto y no tardará, y que el Señor vendrá súbitamente a su templo, y a sus santos hijos, a quienes vosotros esperáis.
16 Consideremos, amados, cómo el Señor nos muestra continuamente que habrá una resurrección futura, de la cual hizo primicias a nuestro Señor Jesucristo, resucitándolo de los muertos.

17 Contemplemos, amados, la resurrección que se realiza continuamente ante nuestros ojos.
18 El día y la noche nos manifiestan una resurrección. La noche se acuesta y el día surge; el día se va y la noche llega.
19 Contemplemos los frutos de la tierra. Todos ven cómo se siembra la semilla. El sembrador sale y la esparce sobre la tierra; y la semilla que al sembrarse cayó seca y desnuda, con el tiempo se disuelve.
20 Y de la disolución, el gran poder de la providencia del Señor la levanta de nuevo; y de una semilla surgen muchas y dan fruto.

CAPÍTULO 12

1 Consideremos ese maravilloso tipo de resurrección que se ve en los países orientales, es decir, en Arabia.
2 Hay una ave llamada Fénix; solo hay una a la vez, y vive quinientos años. Y cuando se acerca el momento de su disolución, cuando debe morir, se hace un nido de incienso, mirra y otras especias, en el que, al cumplirse su plazo, entra y muere.
3 Pero su carne, al pudrirse, engendra un gusano que, al alimentarse del jugo del ave muerta, produce plumas; y cuando ha crecido hasta alcanzar la perfección, toma el nido en el que yacen los huesos de sus padres y lo lleva desde Arabia a Egipto, a una ciudad llamada Heliópolis.
4 Y volando en pleno día a la vista de todos los hombres, lo pone sobre el altar del sol, y así regresa de donde vino.
5 Los sacerdotes entonces investigan los registros de aquel tiempo y encuentran que volvió precisamente al final de quinientos años.
6 ¿Y acaso debemos pensar que es algo muy grande y extraño que el Señor de todo levante a aquellos que le son fieles con la seguridad de la buena fe, cuando incluso por medio de un pájaro nos muestra la grandeza de su poder para cumplir su promesa?
7 Porque en otro lugar dice: Tú me levantarás, y yo te confesaré.
8 Y otra vez me acosté y dormí, y desperté, porque tú estás conmigo.
9 Y otra vez dice Job: Levantarás esta carne mía, que ha padecido todas estas cosas.
10 Así que, teniendo esta esperanza, aferrémonos a aquel que es fiel en todas sus promesas, y justo en todos sus juicios, el cual nos mandó no mentir. ¿Cuánto más él no mentirá?
11 Porque nada hay imposible para Dios sino la mentira.
12 Que su fe se avive en nosotros, y consideremos que todas las cosas están cerca de él.
13 Con la palabra de su poder creó todas las cosas, y con la misma palabra puede destruirlas siempre que quiere.
14 ¿Quién le dirá: ¿Qué haces? ¿O quién podrá resistir al poder de su fuerza?
15 Cuando él quiera y como él quiera, él hará todas las cosas, y nada pasará de todo lo que él ha determinado.
16 Todas las cosas están expuestas ante él, y nada puede ocultarse a su consejo.
17 Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara conocimiento. No hay lenguaje ni palabras donde no se oye su voz.

CAPÍTULO 13

1 Así que, puesto que todas las cosas son vistas y oídas por Dios, temámosle, y desechemos las malas obras que proceden de los malos deseos, para que por su misericordia seamos librados de la condenación venidera.
2 ¿Adónde podrá alguno de nosotros huir de su poderosa mano? ¿O qué mundo recibirá a quienes huyen de él?
3 Porque así dice la Escritura en un lugar: ¿A dónde huiré de tu Espíritu, y dónde me esconderé de tu presencia?
4 Si subiere a los cielos, allí estás tú; Si fuere al extremo de la tierra, allí estará tu diestra; Si hiciere en lo profundo mi estrado, allí está tu Espíritu.
5 ¿Adónde, pues, irá el hombre? ¿Y adónde huirá de aquel que todo lo comprende?
6 Acerquémonos, pues, a él con santidad de corazón, alzando hacia él manos castas e inmaculadas, amando a nuestro Padre misericordioso y clemente, que nos ha hecho partícipes de su elección.
7 Porque así está escrito: Cuando el Altísimo dividió las naciones, Cuando hizo separar a los hijos de los hombres, Fijó los límites de las naciones Según el número de sus ángeles; Y la porción de Jehová fue su pueblo Jacob, E Israel la suerte de su heredad.
8 Y en otro lugar dice: He aquí que el Señor toma para sí una nación de en medio de las naciones, como toma el hombre las primicias de su flor; y el Santísimo saldrá de aquella nación.

CAPÍTULO 14

1 Así que, siendo parte del Santo, hagamos todas las cosas que pertenecen a la santidad:
2 Huid de toda maledicencia unos contra otros, de todos los abrazos inmundos e impuros, de toda borrachera, de pasiones juveniles, de concupiscencias abominables, de abominables adulterios y detestables soberbias.
3 Porque Dios, dice, resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.
4 Por tanto, aferrémonos a aquellos a quienes Dios ha dado su gracia.
5 Y revistámonos de concordia, siendo humildes, sobrios, sin murmuraciones ni maledicencias, y justificados por nuestras acciones, no por nuestras palabras.
6 Porque dice: «¿Acaso el que habla y oye muchas cosas, y tiene la lengua fácil, se cree justo? Bienaventurado el que nace de mujer, si vive pocos días; por eso no uséis muchas palabras».
7 Sea nuestra alabanza de Dios, no de nosotros mismos; porque Dios aborrece a los que se alaban a sí mismos.
8 Que el testimonio de nuestras buenas acciones nos sea dado por otros, como lo fue para los santos hombres que nos precedieron.
9 La temeridad, la arrogancia y la confianza pertenecen a los malditos de Dios; pero la equidad, la humildad y la mansedumbre, a los que son bendecidos por él.
10 Aferrémonos, pues, a su bendición y consideremos cuáles son los caminos por los cuales podemos alcanzarla.
11 Miremos atrás a aquellas cosas que han sucedido desde el principio.
12 ¿Por qué fue bendecido nuestro padre Abraham? ¿No fue porque mediante la fe obró justicia y verdad?

13 Isaac, plenamente convencido de lo que sabía que vendría, se ofreció con alegría para el sacrificio. Jacob, con humildad, abandonó su tierra, huyendo de su hermano, y fue a Labán y le sirvió; y así le fue entregado el cetro de las doce tribus de Israel.
14 Ahora bien, cuál fue la grandeza de este Don se verá claramente si nos tomamos el trabajo de considerar distintamente todas sus partes.
15 Porque de él salieron los sacerdotes y los levitas, todos los cuales ministraban al altar de Dios.
16 De él, según la carne, vino nuestro Señor Jesucristo.
17 De él salieron los reyes, los príncipes y los gobernantes de Judá.
18 Y el resto de sus tribus no tuvieron poca gloria, pues Dios había prometido que su descendencia (dice él) sería como las estrellas del cielo.
19 Todos ellos fueron grandemente glorificados, no por sí mismos, ni por sus propias obras, ni por las obras de justicia que ellos mismos habían realizado, sino por la voluntad de él.
20 Así como nosotros, llamados por la misma voluntad en Cristo Jesús, no somos justificados por nosotros mismos, ni por nuestra sabiduría, o conocimiento, o piedad, ni por las obras que hayamos hecho en la santidad de nuestro corazón;
21 sino por la fe con la cual Dios Todopoderoso justificó a todos los hombres desde el principio; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO 15

1 ¿Qué haremos, pues, hermanos? ¿Seremos perezosos en hacer el bien y dejaremos de lado nuestra caridad? Dios no permita que hagamos tal cosa.
2 Más bien, apresurémonos con todo fervor y disposición a perfeccionar toda buena obra. Porque incluso el Creador y Señor de todas las cosas se regocija en sus propias obras.
3 Con su omnipotente poder fijó los cielos, y con su incomprensible sabiduría los adornó.
4 También separó la tierra del agua que la rodeaba, y la fijó como torre segura sobre el fundamento de su propia voluntad.
5 Él también por su nombramiento, ordenó que todos los seres vivientes que están sobre ella, existieran.
6 Así también el mar y todas las criaturas que hay en él; habiéndolos creado primero, los encerró en él con su poder.
7 Y sobre todo, con sus manos santas y puras, formó al hombre, el más excelente, y, en cuanto a su entendimiento, verdaderamente el más grande de todas las demás criaturas, el carácter de su propia imagen.
8 Porque así dice Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Y creó Dios al hombre; varón y hembra los creó.
9 Y habiendo acabado así todas estas cosas, alabó todo lo que había hecho, y los bendijo, y dijo: Creced y multiplicaos.
10 Vemos cómo todos los justos han sido adornados con buenas obras: Por lo cual también el Señor mismo, habiéndose adornado con sus obras, se regocijó.
11 Así que, teniendo tal ejemplo, sin dilación cumplamos su voluntad, haciendo con todas nuestras fuerzas la obra de justicia.

CAPÍTULO 16

1 El buen obrero recibe con confianza el pan de su trabajo; pero el perezoso y perezoso no puede mirar a la cara a aquel que lo impulsó a trabajar.
2 Por tanto, debemos estar preparados y dispuestos a hacer el bien, porque de él provienen todas las cosas.
3 Y así nos lo predice: He aquí que el Señor viene, y su galardón está con él, delante de su rostro, para recompensar a cada uno conforme a su obra.
4 Por tanto, nos advierte de antemano, con todo su corazón, que no seamos perezosos ni negligentes en hacer el bien.
5 Que nuestra jactancia y confianza, por tanto, estén en Dios: sometámonos a su voluntad. Consideremos a toda la multitud de sus ángeles, cuán dispuestos están a servir a su voluntad.
6 Como dice la Escritura, millares de millares estaban ante él, y millares de millares le servían. Y clamaban: «¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria».
7 Por tanto, también nosotros, reunidos en conciencia y en unánimes, como con una sola boca, clamemos fervientemente a él, para que nos haga partícipes de sus grandes y gloriosas promesas.
8 Porque dice: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que en él esperan.

CAPÍTULO 17

1 ¡Cuán benditos y maravillosos son, amados, los dones de Dios!
2 ¡Vida en inmortalidad! ¡Resplandor en justicia! ¡Verdad en plena seguridad! ¡Fe en confianza! ¡Templanza en santidad!
3 Y todo esto Dios lo ha sometido a nuestro entendimiento,
4 ¿Qué, pues, será lo que él ha preparado para los que en él esperan?
5 El Creador y Padre de los espíritus, el Santísimo; sólo él conoce tanto la grandeza como la belleza de ellos.
6 Así que, esforcémonos con todo empeño por ser hallados entre los que esperan en él, para que obtengamos la recompensa que ha prometido.
7 Pero, amados, ¿cómo haremos esto? Debemos fijar nuestra mente en Dios por la fe y buscar lo que le agrada y le es aceptable.
8 Debemos actuar conforme a su santa voluntad, y seguir el camino de la verdad, desechando toda injusticia e iniquidad, junto con toda codicia, contienda, malos modales, engaño, murmuraciones, detracciones, todo odio a Dios, orgullo y jactancia, vanagloria y ambición;
9 Porque los que hacen estas cosas son odiosos a Dios; y no sólo ellos que las hacen, sino también todos los que aprueban a los que las hacen.
10 Porque así dice la Escritura: Pero a los malvados, Dios les dijo: «¿Qué tienes que hacer para declarar mi estatuto, o para tomar en cuenta mi pacto? Ya que aborreces la instrucción y desechas mis palabras».
11 Cuando viste a un ladrón, consintió con él; y fue cómplice de adúlteros. Entregaste tu boca al mal, y tu lengua urdió engaños. Te sentaste y hablaste contra tu hermano; calumniaste al hijo de tu propia madre.

12 Estas cosas has hecho, y yo he callado; Pensabas que de cierto sería yo como tú; pero yo te reprenderé, y las pondré en orden delante de tus ojos.
13 Ahora pues, entended esto, los que os olvidáis de Dios, no sea que os despedace, y no haya quien os libre.
14 El que sacrifica alabanza me honrará; Y al que ordenare su camino, yo le mostraré la salvación de Dios.
15 Así, amados, podemos encontrar a nuestro Salvador, a Jesucristo, sumo sacerdote de todas nuestras ofrendas, defensor y ayudador de nuestra debilidad.
16 Por medio de él contemplamos los cielos de los cielos, y contemplamos como en un espejo su rostro sin mancha y muy excelente.
17 Por él son abiertos los ojos de nuestro corazón, Y nuestro entendimiento necio y entenebrecido se regocija al contemplar su luz admirable.
18 Por medio de él quiso Dios que gustáramos el conocimiento de la inmortalidad; el cual, siendo el resplandor de su gloria, es mucho mayor que los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.
19 Porque así está escrito: El que hace a sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego;
20 Mas a su Hijo, así dice el Señor: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.
21 Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.
22 Y le volvió a decir: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de mis pies.
23 Pero ¿quiénes son sus enemigos? Los malvados y aquellos que oponen su propia voluntad a la voluntad de Dios.
24 Así que, varones hermanos, marchemos con todo fervor en sus santas leyes.
25 Consideremos a quienes luchan bajo nuestros gobernadores terrenales: con qué orden, con qué prontitud y con qué exacta obediencia realizan aquellas cosas que se les ordenan.
26 No todos son generales, ni coroneles, ni capitanes, ni oficiales inferiores:
27 Pero cada uno en su respectivo rango hace lo que le manda el rey y los que tienen autoridad sobre él.
28 Los grandes no pueden subsistir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes.
29 Pero en todas las cosas debe haber una mezcla, y entonces habrá también uso y beneficio.
30 Tomemos, por ejemplo, nuestro cuerpo: la cabeza sin los pies no es nada, ni los pies sin la cabeza.
31 Y aun los miembros más pequeños de nuestro cuerpo son, sin embargo, necesarios y útiles para todo el cuerpo.
32 Pero todos conspiran juntos y están sujetos a un mismo propósito, a saber, la conservación de todo el cuerpo.
33 Sea, pues, salvo todo nuestro cuerpo en Cristo Jesús; y sométase cada uno a su prójimo según el orden en que está colocado por el don de Dios.
34 No desprecie el fuerte al débil, ni el débil tenga en poco al fuerte.
35 El rico reparta para lo que falta al pobre, y los pobres bendigan a Dios por haberle dado quien puede suplir su necesidad.
36 El sabio muestre su sabiduría, no con palabras, sino con buenas obras.
37 El que es humilde no dé testimonio para sí mismo, sino deje que otro dé testimonio de él.
38 El que es puro en la carne, no se enorgullezca de ello, sabiendo que de otro recibió el don de la continencia.
39 Consideremos, pues, hermanos, de qué estamos hechos; quiénes y qué clase de hombres vinimos al mundo, como de un sepulcro, de las tinieblas de afuera.
40 El que nos hizo y nos formó, nos trajo a su propio mundo, habiéndonos otorgado sus beneficios incluso antes de que naciéramos.
41 Por tanto, habiendo recibido de él todas estas cosas, debemos darle gracias en todo; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO 18

1 Los hombres necios e insensatos, que no tienen ni prudencia ni conocimiento, pueden burlarse y ridiculizarnos, estando dispuestos a enorgullecerse de sus propios pensamientos;
2 Pero ¿qué puede hacer un mortal? ¿O qué fuerza hay en aquel que está hecho del polvo?
3 Porque escrito está: No hubo figura delante de mis ojos; solamente oí un sonido y una voz.
4 ¿Para qué? ¿Será el hombre puro ante el Señor? ¿Será irreprensible en sus obras?
5 He aquí que él no confía en sus siervos, y a sus ángeles acusa de necedad.
6 Pues ni aun el cielo es limpio delante de sus ojos, ¿cuánto menos los que habitan en casas de barro, de las cuales también nosotros estamos hechos?
7 Los hirió como polillas, y desde la mañana hasta la tarde no resistieron. Por no poder valerse por sí mismos, perecieron; sopló sobre ellos y murieron, por falta de sabiduría.
8 Llama ahora si hay alguno que te responda; ¿y a cuál de los ángeles mirarás?
9 Porque la ira mata al necio, y la envidia mata al que yerra.
10 Vi a los necios echar raíces, pero he aquí, su morada pronto fue consumida.
11 Sus hijos estaban lejos de la seguridad, perecieron a las puertas de aquellos que eran inferiores a ellos, y no hubo hombre que los ayudara.
12 Porque los justos comieron lo que estaba preparado para ellos, y no fueron librados del mal.
13 Viendo, pues, que estas cosas nos son manifiestas, nos convendrá cuidar de que, mirando en las profundidades del conocimiento divino, hagamos todas las cosas en orden, todo lo que nuestro Señor nos ha mandado hacer.
14 Y particularmente, que realicemos nuestras ofrendas y servicio a Dios, en sus tiempos señalados: porque él ha ordenado que éstos se hagan, no precipitadamente y desordenadamente, sino en ciertos tiempos y horas determinados.
15 Y por tanto, Él ha ordenado por su suprema voluntad y autoridad, dónde y por qué personas deben realizarse, para que, hechas todas las cosas piadosamente y para agrado de todos, le sean aceptables.
16 Así que, bienaventurados y aceptados los que ofrecen sus ofrendas en los tiempos señalados, porque obedeciendo los mandamientos del Señor, están libres de pecado.

17 Y el mismo cuidado debe tenerse con las personas que le ministran.
18 Porque el sumo sacerdote tiene su propio servicio, y a los sacerdotes su propio lugar, y a los levitas su propio ministerio; pero el laico está confinado dentro de los límites de lo que se les manda a los laicos.
19 Así que, hermanos, cada uno de vosotros bendiga a Dios según su deber, con buena conciencia y con toda dignidad, sin extralimitarse en el servicio que le corresponde.
20 Los sacrificios diarios no se ofrecen en todas partes, ni los sacrificios de paz, ni los sacrificios por los pecados y las transgresiones, sino sólo en Jerusalén; y ni en ningún lugar allí, sino sólo en el altar delante del templo; siendo primero examinado diligentemente lo que se ofrece por el sumo sacerdote y los otros ministros que antes mencionamos.
21 Así que quienes hacen algo que no está de acuerdo con su voluntad son castigados con la muerte.
22 Considerad, hermanos, que cuanto mejor conocimiento nos ha concedido Dios, tanto mayor es el peligro al que estamos expuestos.

CAPÍTULO 19

1 Los apóstoles nos predicaron de parte del Señor Jesucristo; y Jesucristo de parte de Dios.
2 Así que Cristo fue enviado por Dios, y los apóstoles por Cristo; así que ambos fueron enviados según su orden, conforme a la voluntad de Dios.
3 Porque habiendo recibido el mandato, y plenamente convencidos por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, y convencidos por la palabra de Dios, con la llenura del Espíritu Santo, salieron publicando que el reino de Dios se había acercado.
4 Y predicando así por países y ciudades, designaron a los primeros frutos de su conversión para que fueran obispos y ministros sobre aquellos que después creerían, habiéndolos probado primero por el Espíritu.
5 Y esto no era nada nuevo, pues mucho antes había sido escrito acerca de los obispos y de los diáconos.
6 Porque así dice la Escritura en un cierto lugar: Yo pondré a sus obispos en justicia, y a sus ministros en fe.
7 Y qué maravilla si aquellos a quienes Dios les confió tal obra en Cristo, establecieron oficiales como los que mencionamos antes, cuando incluso aquel bendito y fiel siervo en toda su casa, Moisés, puso en las Sagradas Escrituras todas las cosas que le fueron ordenadas.
8 A quien también siguieron todos los demás profetas, dando testimonio unánimes de lo que él había ordenado.
9 Porque él, percibiendo que surgía una emulación entre las tribus concerniente al sacerdocio, y que había una contienda acerca de cuál de ellas sería adornada con ese nombre glorioso, mandó a sus doce capitanes que le trajeran doce varas; cada tribu tenía escrito en su vara, conforme a su nombre.
10 Y los tomó, y los ató, y los selló con los sellos de los doce príncipes de las tribus, y los puso en el tabernáculo del testimonio, sobre la mesa de Dios.
11 Y cuando hubo cerrado la puerta del tabernáculo, selló las llaves, de la misma manera que había hecho con las varas, y les dijo: Varones hermanos, la tribu cuya vara florezca, a ésa ha escogido Dios para que ejerza el oficio de sacerdote y para que le ministrare en las cosas santas.
12 Y cuando vino la mañana, convocó a todo Israel, seiscientos mil hombres; y mostró a los príncipes sus sellos, y abrió el tabernáculo del testimonio, y sacó las varas.
13 Y se halló que la vara de Aarón no sólo había florecido, sino que también tenía fruto.
14 ¿Qué os parece, amados? ¿No sabía Moisés de antemano lo que iba a suceder?
15 Sí, de cierto; pero para que no haya división ni tumulto en Israel, lo hizo de esta manera, para que el nombre del único y verdadero Dios sea glorificado. A él sea la honra por los siglos de los siglos. Amén.
16 Así también nuestros apóstoles sabían por nuestro Señor Jesucristo que habría contiendas por causa del ministerio.
17 Y por tanto, teniendo un perfecto conocimiento previo de esto, designaron personas, como hemos dicho antes, y luego dieron instrucciones de cómo, cuando ellos murieran, otros hombres escogidos y aprobados deberían suceder en su ministerio.
18 Por lo cual no podemos pensar que puedan ser justamente expulsados de su ministerio aquellos que fueron nombrados por ellos o escogidos después por otros hombres eminentes, con el consentimiento de toda la iglesia, y que con toda humildad e inocencia han ministrado al rebaño de Cristo, en paz y sin interés propio, y fueron elogiados por todos durante mucho tiempo.
19 Porque no sería pecado pequeño de nuestra parte desechar el ministerio de aquellos que santa e irreprensiblemente lo cumplen.
20 Bienaventurados aquellos sacerdotes que, habiendo acabado su carrera antes de estos tiempos, han obtenido una disolución fructífera y perfecta, porque no tienen temor de que alguien los eche del lugar que ahora les está señalado.
21 Pero vemos cómo habéis expulsado del ministerio a algunos que vivían honestamente entre vosotros, con el cual se adornaban en su inocencia.

CAPÍTULO 20

1 Hermanos, sois contenciosos y celosos de cosas que no pertenecen a la salvación.
2 Examinen las Sagradas Escrituras, que son las palabras verdaderas del Espíritu Santo. Saben que no hay nada injusto ni falso escrito en ellas.
3 Allí no encontrarás que los hombres justos hayan sido rechazados por aquellos que eran buenos.
4 Fueron perseguidos, pero por los malvados e injustos.
5 Fueron echados en la cárcel; pero fueron echados por aquellos que no eran santos.
6 Fueron apedreados, pero fue por transgresores.
7 Fueron muertos, pero por hombres malditos y por aquellos que habían tenido una envidia injusta contra ellos.
8 Y todas estas cosas las soportaron gloriosamente.
9 ¿Qué diremos, hermanos? ¿Acaso Daniel fue arrojado al foso de los leones por hombres temerosos de Dios? ¿Acaso Ananías, Azarío y Misael fueron arrojados al horno de fuego por hombres que profesaban la excelente y gloriosa adoración del Altísimo? ¡Dios no lo quiera!
10 ¿Qué clase de personas eran, pues, los que hacían estas cosas? Eran hombres abominables, llenos de toda maldad;

tan indignados que infligieron sufrimientos a quienes, con un propósito santo e irreprensible, adoraban a Dios, sin saber que el Altísimo es el protector y defensor de todos los que con una conciencia pura sirven a su santo nombre; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.
11 Pero los que con plena persuasión sufrieron estas cosas, fueron hechos participantes de gloria y de honra, y fueron exaltados y levantados por Dios en memoria de ellos por todos los siglos, Amén.
12 Por lo cual, hermanos, nos conviene también a nosotros seguir ejemplos como estos, porque escrito está: Aférrense a los santos, porque los que así practiquen serán santificados.
13 Y también en otro lugar dice: Con el puro serás puro, y con el elegido serás elegido, pero con el perverso serás perverso.
14 Unámonos, pues, a los inocentes y justos, porque ellos son los elegidos de Dios.
15 ¿Por qué hay entre nosotros contiendas, enojos, divisiones, cismas y guerras?
16 ¿No tenemos todos un solo Dios y un solo Cristo? ¿No se derrama sobre todos nosotros un mismo Espíritu de gracia? ¿No tenemos un mismo llamamiento en Cristo?
17 ¿Por qué, entonces, desgarramos y desgarramos los miembros de Cristo, y nos rebelamos contra nuestro propio cuerpo? ¿Y hemos llegado a tal extremo de locura que olvidamos que éramos miembros los unos de los otros?
18 Recuerden las palabras de nuestro Señor Jesús, cuando dijo: «¡Ay de aquel hombre (por quien vienen las ofensas)! Mejor le sería no haber nacido que haber ofendido a uno de mis elegidos. Mejor le sería que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran al mar que haber ofendido a uno de mis pequeños».
19 Vuestro cisma ha pervertido a muchos, ha desanimado a muchos; ha causado desconfianza en muchos y dolor en todos nosotros. Y, sin embargo, vuestra sedición aún continúa.
20 Tomad en vuestras manos la epístola del bienaventurado apóstol Pablo. ¿Qué os escribió la primera vez que predicó el evangelio entre vosotros?
21 A la verdad, él os amonestó por el Espíritu acerca de sí mismo, y acerca de Cefas y de Apolos; porque ya entonces habíais comenzado a caer en disensiones y divisiones entre vosotros mismos.
22 Sin embargo, vuestra parcialidad os condujo entonces a un pecado mucho menor, al poner vuestros afectos en los apóstoles, hombres de eminente reputación en la iglesia, y en otro, que fue grandemente probado y aprobado por ellos.
23 Pero os rogamos que consideréis: ¿quiénes son los que os han extraviado y han disminuido la reputación de aquel amor fraternal que era tan eminente entre vosotros?
24 Es una vergüenza, amados míos, sí, una vergüenza muy grande, e indigna de vuestra profesión cristiana, oír que la firme y antigua iglesia de los corintios sea llevada, por una o dos personas, a una sedición contra sus sacerdotes.
25 Y este mensaje no ha llegado sólo a nosotros, sino también a aquellos que son diferentes de nosotros.
26 De tal manera que el nombre del Señor es blasfemado por vuestra necedad, y vosotros mismos sois puestos en peligro por ella.
27 Pongamos fin, pues, con toda prisa, a esta sedición, y postrémonos ante el Señor, y roguémosle con lágrimas que se reconcilie favorablemente con nosotros, y nos restablezca de nuevo a una conducta digna y santa de amor fraternal.
28 Porque esta es la puerta de la justicia, que da acceso a la vida, como está escrito: «Abridme las puertas de la justicia; entraré por ellas y alabaré al Señor». Esta es la puerta del Señor; los justos entrarán por ella.
29 De modo que, aunque se abren muchas puertas, sin embargo, esta puerta de la justicia es aquella puerta en Cristo por la cual bienaventurados los que entran y dirigen su camino en santidad y justicia, haciendo todas las cosas sin desorden.
30 Sea el hombre fiel, y poderoso en la palabra del conocimiento; sea sabio en el juicio de sus palabras; sea puro en todas sus acciones.
31 Pero cuanto más parezca estar por encima de los demás por estas cosas, tanto más le convendrá ser humilde de espíritu y buscar lo que es provechoso para todos los hombres, y no su propio beneficio.

CAPÍTULO 21

1 El que tiene el amor que es en Cristo, guarde los mandamientos de Cristo.
2 ¿Quién puede expresar la obligación del amor de Dios? ¿Qué hombre es suficiente para declarar, y es adecuado, la excelencia de su belleza?
3 La altura a la que conduce la caridad es inexpresable.
4 La caridad nos une a Dios; la caridad cubre multitud de pecados; la caridad todo lo soporta, es paciente en todo.
5 No hay nada vil ni sórdido en la caridad; la caridad no se eleva por encima de los demás, no admite divisiones, no es sediciosa, sino que hace todas las cosas en paz y concordia.
6 Por la caridad fueron hechos perfectos todos los escogidos de Dios: sin ella nada hay agradable ni aceptable delante de Dios.
7 Por la caridad el Señor nos unió a sí, pues por el amor que nos tuvo, nuestro Señor Jesucristo dio su sangre por nosotros, por voluntad de Dios; su carne por nuestra carne; su alma por nuestras almas.
8Veis, amados, cuán grande y maravillosa es la caridad, y cómo ninguna expresión es suficiente para declarar su perfección.
9 Pero ¿quién es apto para ser hallado en él? Solo aquellos a quienes Dios se digne hacerlo.
10 Oremos, pues, a él y roguémosle que seamos dignos de ello, para que vivamos en caridad, siendo irreprensibles, sin inclinaciones humanas, sin acepción de personas.
11 Todas las edades del mundo, desde Adán hasta este día, han pasado; pero aquellos que han sido perfeccionados en el amor, por la gracia de Dios han obtenido un lugar entre los justos, y serán manifestados en el juicio del reino de Cristo.
12 Porque escrito está: Entrad en vuestros aposentos por un poco de tiempo, hasta que pase mi furor y mi indignación; Y me acordaré del día bueno, Y os haré levantar de vuestros sepulcros.
13 Bienaventurados seremos, pues, amados, si cumplimos los mandamientos de Dios en la unidad del amor, para que así, por el amor, nos sean perdonados nuestros pecados.
14 Porque así está escrito: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos.

Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado, y en cuya boca no hay engaño.
15 Ahora bien, esta bendición se cumple en los elegidos de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO 22

1 Por tanto, todos los que hemos pecado por alguna de las sugerencias del adversario, pidamos perdón a Dios.
2 En cuanto a aquellos que han sido jefes de la sedición y facción entre vosotros, que miren hacia el fin común de nuestra esperanza.
3 Porque todos los que están dotados de temor y caridad, prefieren ellos mismos caer en pruebas antes que sus prójimos, y prefieren ser ellos mismos condenados, antes que que sufra la buena y justa caridad que nos fue entregada.
4 Porque es propio del hombre confesar en qué ha pecado.
5 y no endureciera su corazón, como se endureció el corazón de aquellos que se levantaron sedición contra Moisés, siervo de Dios; cuyo castigo fue manifiesto a todos los hombres; pues descendieron vivos al sepulcro, y la muerte los tragó.
6 Faraón y su ejército, y todos los príncipes de Egipto, sus carros y su gente de a caballo, no por otra causa se ahogaron en el fondo del Mar Rojo y perecieron, sino porque endurecieron su necio corazón, después de tantas señales hechas en la tierra de Egipto por medio de Moisés siervo de Dios.
7 Amados, Dios no es indigente de nada; ni demanda nada de nosotros, sino que confesemos nuestros pecados delante de él.
8 Porque así dice el Santo David: «Confesaré al Señor, y le agradará más que un becerro con cuernos y pezuñas. Que lo vean los pobres y se alegren».
9 Y de nuevo dice: Ofrece a Dios el sacrificio de alabanza, y cumple tus votos al Altísimo. E invócame en el día de la angustia, y yo te libraré, y tú me glorificarás. El sacrificio de Dios es un espíritu quebrantado.
10 Sabéis, amados, que conocéis muy bien las Sagradas Escrituras, y habéis escudriñado las palabras de Dios; por tanto, traedlas a la memoria.
11 Porque cuando Moisés subió al monte, y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches en ayuno y humillación, Dios le dijo: Levántate, Moisés, y desciende pronto de aquí, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto ha hecho maldad; pronto han traspasado el camino que yo les mandé, y se han hecho imágenes talladas.
12 Y el Señor le dijo: «Te he hablado varias veces, diciendo que he visto a este pueblo, y he aquí, es un pueblo de dura cerviz; déjame, pues, destruirlo y borrar su nombre de debajo del cielo. Y haré de ti una nación grande y maravillosa, mucho más grande que esta».
13 Pero Moisés dijo: «No, Señor; perdona ahora a este pueblo su pecado; o si no quieres, bórrame también del libro de los vivientes». ¡Oh admirable caridad! ¡Oh insuperable perfección! El siervo habla con franqueza a su Señor; le suplica que perdone al pueblo o que lo destruya junto con ellos.
14 ¿Quién entre ustedes es generoso? ¿Quién es compasivo? ¿Quién tiene caridad? Que diga: «Si esta sedición, esta contienda y estos cismas son por mi culpa, estoy listo para partir; para irme adonde quieran; y hacer lo que me manden». Con tal de que el rebaño de Cristo esté en paz con los ancianos que lo cuidan.
15 El que esto haga, alcanzará para sí gran honra en el Señor, y no hay lugar que no esté preparado para recibirlo, porque del Señor es la tierra y su plenitud.
16 Estas cosas las han hecho aquellos que no deben arrepentirse de su conversación con Dios, y siempre estarán dispuestos a hacerlas.
17 ¡Es más, los mismos gentiles nos han dado ejemplos de este tipo!
18 Porque leemos: Muchos reyes y príncipes, en tiempos de pestilencia, amonestados por sus oráculos, se entregaron a la muerte, para librar su país de la destrucción por su propia sangre.
19 Otros abandonaron sus ciudades, para poner fin a sus sediciones.
20 Sabemos cuántos entre nosotros se han entregado a las ataduras, para así liberar a otros de ellas.
21 Otros se vendieron como esclavos para poder alimentar a sus hermanos con el precio de sí mismos.
22 Y aun muchas mujeres, fortalecidas por la gracia de Dios, han hecho muchas cosas gloriosas y varoniles en tales ocasiones.
23 La bienaventurada Judit, cuando su ciudad fue sitiada, pidió a los ancianos que la permitieran ir al campamento de sus enemigos; y salió exponiéndose al peligro por el amor que sentía por su país y su pueblo que estaban sitiados; y el Señor entregó a Holofernes en manos de una mujer.
24 Y Ester, perfecta en su fe, no se expuso a menos peligro para liberar a las doce tribus de Israel, que corrían peligro de ser destruidas. Pues, ayunando y humillándose, imploró al Gran Creador de todas las cosas, el Dios de los espíritus; de modo que, al contemplar la humildad de su alma, él libró al pueblo, por cuya causa ella corría peligro.

CAPÍTULO 23

1 Por tanto, oremos también por los que han caído en pecado. Para que, dotados de humildad y moderación, se sometan no a nosotros, sino a la voluntad de Dios.
2 Porque de esta manera obtendrán un recuerdo fructífero y perfecto, con misericordia, tanto en nuestras oraciones a Dios, como en nuestra mención de ellos delante de sus santos.
3 Recibamos la corrección, de la cual nadie debería quejarse.
4 Amados, la reprensión y la corrección que ejercitamos unos hacia otros es buena y sumamente útil, porque nos une más estrechamente a la voluntad de Dios.
5 Porque así dice la Sagrada Escritura: «El Señor me corrigió, pero no me entregó a la muerte. Porque el Señor a quien ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo».
6 7 El justo, dice él, me instruirá en misericordia y me reprenderá; pero que el aceite de los pecadores no engorde mi cabeza.
7 Y otra vez dice: Bienaventurado el hombre a quien Dios corrige; por tanto, no desprecies el castigo del Todopoderoso.
8 Porque él hace la llaga, y venda; él hiere, y sus manos curan.

9 En seis tribulaciones te librará; y en la séptima no te tocará mal alguno. En el hambre te redimirá de la muerte; y en la guerra, del poder de la espada.
10 Serás guardado del azote de la lengua, Ni temerás la destrucción cuando viniere.
11 Te reirás de los malvados y pecadores; no temerás a las bestias de la tierra. Las fieras estarán en paz contigo.
12 Entonces sabrás que tu casa estará en paz, y que la morada de tu tabernáculo no errará. Sabrás también que tu descendencia será numerosa, y tu descendencia como la hierba de la tierra.
13 Y llegarás a tu sepulcro como la espiga de trigo que se recoge a su tiempo, como la gavilla de trigo que llega a su tiempo.
14 Ya ven, amados, cómo habrá defensa para quienes son corregidos por el Señor. Pues, siendo buen instructor, está dispuesto a amonestarnos con su santa disciplina.
15 Vosotros, pues, que pusisteis el primer fundamento de esta sedición, someteos a vuestros sacerdotes, y sed instruidos en el arrepentimiento, doblando las rodillas de vuestros corazones.
16 Aprended a estar sujetos, desechando toda soberbia y altivez de vuestras lenguas.
17 Porque mejor os es ser pequeños y aprobados en el redil de Cristo, que pareceros superiores a los otros y ser echados fuera de su redil.
18 Porque así habla la excelente y toda virtuosa sabiduría: He aquí, yo derramaré sobre vosotros la palabra de mi Espíritu, y os haré saber mis palabras.
19 Porque llamé, y no oísteis, Extendí mis palabras, y no escuchasteis.
20 Pero habéis despreciado todo mi consejo y no habéis querido mi reprensión. Yo también me reiré de vuestra calamidad y me burlaré cuando os sobrevenga el temor.
21 Cuando venga como una destrucción lo que teméis, y vuestra destrucción como un torbellino, cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia.
22 Entonces me invocaréis, pero no os escucharé; los malvados me buscarán, pero no me hallarán. Porque aborrecieron el conocimiento y no buscaron el temor del Señor.
23 No escucharon mi consejo; despreciaron toda mi reprensión. Por tanto, comerán del fruto de sus propios caminos, y se saciarán de su propia maldad.

CAPÍTULO 24

1 Ahora bien, Dios, inspector de todas las cosas, Padre de los espíritus y Señor de toda carne, que escogió a nuestro Señor Jesucristo, y a nosotros por medio de él, para ser su pueblo peculiar;
2 Concede a toda alma humana que invoque su glorioso y santo nombre, fe, temor, paz, longanimidad, paciencia, templanza, santidad y sobriedad, para que todo le sea grato; por nuestro Sumo Sacerdote y Protector Jesucristo, por quien sea a él la gloria, la majestad, el poder y la honra, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.
3 Los mensajeros que os hemos enviado, Claudio, Efebo y Valerio Bito, con Fortunato, nos los envían de nuevo con toda prontitud en paz y con alegría, para que puedan darnos a conocer más pronto vuestra paz y concordia, por las que tanto hemos orado y deseado; y para que podamos regocijarnos en vuestro buen orden.
4 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros, y con todos los que son llamados por Dios en cualquier lugar por medio de él. A quien sea la honra y la gloria, el poder y la majestad, y el dominio eterno, por Cristo Jesús, por los siglos de los siglos. Amén.